

rables revoluciones geológicas experimentadas en la sucesión incalculable de los siglos por este agitado y subvertido planeta. Pero ha prestado su calor, lo ha puesto en irradiación, lo ha ido por el espacio inmenso difundiendo, como no podía menos, y ahora, fuera de alguna boreal aurora ó de alguna erupción volcánica, semejantes á los blasones empolvados y á diadema rota de una reina ilustre, la tierra está envuelta en oscuridad completa, y para brillar necesita recibir sus días prestados de la lumbre del sol.

X La historia dice que nuestra tierra no ha tenido en todo tiempo este aspecto de proporción y de armonía que ahora tiene. Su aire ha estado mucho más henchido que hoy de nubes acuosas y electricidad tonante, sumergidas en una especie de crepúsculo, por la resistencia que oponían sus capas varias á la luz diurna; volcanes innumerables, en guisa de antorchas, generaban un día extraño, como si eterna tempestad se hallara en el lugar del sol, mandándonos, con destellos siniestros y relampagueos continuos, su tormentosa lumbre, cernida por las humaredas de mil trombas dilatadas en espirales bituminosas por la inmensidad; del suelo húmedo surgían helechos gigantescos y lianas espesísimas, creciendo por los troncos, agarrándose á las ramas de ceibas ciclópeos y demás árboles tropicales, dotados con la estatura de montañas y ceñidos por follajes de grandor increíble; nubes de insectos carniceros poblaban estas exuberancias de la vida y estas irritaciones del calor; las ranas de aquellas lagunas, cuasi sólidas, parecían bueyes; los murcié-

lagos de aquellos crepúsculos águilas; los cuadrúpedos de aquellas selvas castillos ambulantes; extendía la girafa su desmesurado cuello entre las ramas espesas para coger algún tierno cogollo en las corolas de flores desmesuradas; los ornitorincos, reptiles con alas, discurrían por las atmósferas hirvientes, mientras los zoófitos de colores varios y formas innumerables, semivegetativos, semianimados, orlaban las orillas de negros ríos, parecidos á carbón liquidado; cocodrilos que medían quince metros castañeaban sus quijadas, compuestas de mil dientes, sobre lechos inmensos de algas, amontonadas por desecaciones súbitas; el colosal megaterio, en cuya comparación parece un faldero nuestro elefante de hoy, abrumaba el suelo bajo sus patas, seguido de marsupiales gigantes, llevando sus proles en bolsas hondísimas, y diluvios semejaban las lluvias, y grietas inmensas se abrían por el suelo, cortado en anchos y hendidos surcos, merced á aquella erupción tan gigantesca y perdurable. De aquí las rocas azoicas, en que hallamos, como el esqueleto de nuestras tierras, sin rastro alguno de vida orgánica y animal, y las rocas fosilíferas, donde se descubren ya las raíces del organismo destinado en evoluciones continuas y en series graduales á producir, como fruto maduro de semejante árbol divino, el humano cerebro, y las cuencas profundas carboníferas, que indican una catástrofe incalculable con la fría petrificación de tantos vegetales, y las conchas tribólitas incrustadas en montes sumergidos por otras edades en los abismos de un Océano, ya hoy desvanecido y evaporado; en fin,

de aquí toda esta estructura de nuestro planeta, con sus zonas de terrenos varios, líneas inmensas de su viviente historia, forjados y distribuidos por el gran arquitecto de la naturaleza, por el fuego, y esculpidos, estriados por el gran escultor, por el agua; que de uno y otra, como de matrimonio fecundísimo, provienen cuantos seres guardan y revelan la vida en esta serie concertada y armoniosa de fajas superpuestas y parecidas á los colores de un prisma cuyos átomos se compusieran de fósiles. Diríase que ha ido nuestro globo lentamente, con esfuerzos graduados y medidos, por series de terrenos indispensables á su desarrollo, pasando como de sol encendido á tierra fría, para disponerse y aparejarse de suerte que se hallase todo concertado y dispuesto á recibir la visita del humano espíritu, como la desposada ó prometida para boda próxima que se viste con sus mejores galas á fin de solemnizar el día más feliz y más decisivo de su vida toda en que venga el amante á llevársela consigo al hogar nuevo, en cuyos santuarios hallará el amor con todas sus delicias y aguardará prole, aperebida, no solamente á perpetuar su existencia y su nombre, sino á recordarle perpetuamente las dulces horas de tranquila felicidad y ventura.

Hemos contemplado rápidamente todo este poema de la creación para mostrar en él cómo lo anima el amor. No deben conocerse con diverso nombre que este santísimo de amor las afinidades misteriosas, aglomerando unos átomos sobre otros átomos y componiendo por medio de la cohesión los cuerpos. Amor se debe llamar esa fuerza de gravedad

que á distancias inmensas mantiene unidas las moles enormes en una gran familia sola, como la cohesión mantiene unidos los corpusculillos ó átomos en cada cuerpo. Los soles y las tierras se aman. La vida en éstas se mantiene, se difunde, se perpetúa y perdura merced á los besos de fuego que le manda el solitario y soberano sultán de los espacios. Nuestro planeta va seguido por la luna, pálida indudablemente de las tristezas y de las nostalgias que dan los celos. Cuando un sol ha dado alguna tierra de sí, no la despide y lanza irremisiblemente á los espacios inmensos para que se pierda en sus oscuros abismos; la llama y atrae á su centro, constriñéndola con su amorosa coerción para que dance amorosa en torno suyo y lo rodee con los abrazos de sus armoniosísimas elipses. Todas las estrellas quieren tener sus respectivos satélites, y todos los satélites dan á las estrellas, con sus concentrados movimientos, como una serenata movida por ardorosa pasión. Esas gradaciones en que los planetas están colocados, parecenme una especie de amorosa oda ó de cromática escala, como los requiebros del poeta en inspiraciones ardientes á su musa, como las elegías en suaves notas del músico á su amada. ¡Oh! Así que la vida vegetal comienza, también comienza con ella el amor. Cuando los capullos de un arbusto se vuelven hacia los cielos para romperse y abrirse, buscan un suspiro del aire, un ósculo del día. La palmera, desde lejos, pide á su compañero el effluvio, diluído en los aires, á cuyo contacto ha de producir los dátiles bajo las palmas, en guisa de un áureo chapitel coronando la esbelta y geométrica co-

lumna de su tronco. Subid en las escalas de la vida y veréis cómo el amor se difunde por doquier. Estremécese, como con sacudimientos nerviosos, el pistilo; arróbase como en éxtasis místicos la retina. Desde los primeros insectillos hasta los grandes mamíferos, todos los seres animados se completan á sí mismos y perpetúan sus especies respectivas al fuego del amor. Desde las mariposas, que vuelan en torno de la flor como las tierras en torno del sol, hasta las carniceras águilas, que tienden sus alas sobre las nubes, todos los seres, los delicados y los fuertes, obedecen al amor, nacen del amor y en amor se consumen y mueren. Él ha puesto la sedosa guedeja en el férreo cuello de los sanguinarios leones; él ha pintado con matices tan atractivos y con toques tan metálicos y de pedrería tan múltiple, abillantado las alas de las aves; él ha inspirado esa instintiva inconsciente arquitectura en el castor para la fábrica de su casa y en la golondrina para el arreglo de su nido; él ha hecho que los astros se sigan, que los gorjeos se sucedan, que los cánticos suban en himnos interminables á lo infinito, que por doquier se oigan arrullos y besos, que por doquier se vean los pequeñuelos unidos á sus madres y los machos á sus hembras, que todo suspire y todo arda, que aspiraciones universales á una ideal ascensión latan hasta en los seres más rudimentarios, que los agujijones del deseo muevan la partícula de polen áureo depositado en la blanca corola de las azucenas y la roja sangre agolpándose á los corazones, que un calor benéfico inunde los espacios como verdadero espiritual éter, á cuyo impulso

y á cuya lumbré sintamos todos por igual el precio de la vida y pugnemos por perpetuarla y difundirla en tiempos sin término á generaciones sin fin.

## II

La naturaleza por todas partes nos muestra contradicción y armonía. Junto al ser ponemos por incontrastable fatalidad una especie de abismo insondable con el no ser. Apenas concebiríamos el todo sin al mismo tiempo concebir la nada que lo acompaña como al sol sus manchas. El día va seguido necesariamente de la noche. La luz provoca en nosotros con sus resplandores el recuerdo de las tinieblas y de sus tenebrosidades. Luchan las especies en guerra interminable por la vida. Siempre que una idea se nos aparece á la mente, con ella se nos aparece también su contraria. Nuestros sistemas se dilatan entre afirmaciones y negaciones como las zonas centrales de la tierra giran entre polos opuestos, el boreal y el austral. Fuerzas centrífugas y fuerzas centrípedas componen la mecánica misteriosa que sostiene los mundos en la inmensidad. Repulsiones y afinidades varias determinan en las moléculas su cohesión. Porque si hay contradicciones, de estas contradicciones mismas nacen las armonías. Si hay tesis con antítesis, de su contradicción provienen las síntesis. Si hay atracción y repulsión también hay equilibrio. Así ha separado la especie humana en los dos sexos opuestos. Pero si la espe-

cie humana, tan sabiamente separada por Dios, así no lo estuviera, seguramente no sería de vida tan múltiple, varia, multiforme, rica. De un sexo parece principal característica la fuerza, del otro la gracia. Predomina en el uno la razón, en el otro predomina el sentimiento. La virilidad parece producida para los empeños de la guerra, y la feminidad parece producida para los atractivos del amor. Las lenguas han creído á la compasión, y á la ternura, y á la delicadeza, y á la caridad mujeres, así como han creído al esfuerzo y al combate hombres. Por tal causa un paganismo instintivo, que se halla como depositado en los abismos de nuestro sér, nos lleva como de la mano á dar sexos aun á las cosas que no pueden tenerlo. Así los antiguos han creído, y nosotros seguimos creyéndolo todavía, al sol un hombre, como Apolo, y á la luna una mujer, como Diana. Vulcano y Hércules representan el trabajo, y como representan el trabajo, les damos aspecto masculino y forzado. El rayo vibra en las manos de Júpiter, mientras la diosa Iris se tiende con su arco de colores sobre las blancas nubes y se baña en el vivificante rocío. El poeta necesita de su musa. Todo pintor va desposado con una Fornarina ideal, cuyas gracias se reproducen como por milagro en las figuras de mujer que traza con sus pinceles. El Prometeo, encadenado por haber cogido al cielo su lumbré, resultará en la serie de los siglos desmedido titán; pero los consuelos que le sostienen ó que le compadecen, que lloran con él ó que sus lágrimas enjugan, se llaman las ninfas oceánicas. El Edipo, es decir, el dolor eterno pasa

por el mundo apoyado en la dulce Antígona. ¡Cuán bien responden á las contingencias de nuestra naturaleza tanto las religiones como las artes que han visto las ninfas en los arroyos, las nereidas en los oleajes, las ondinas en las cavernas, el ideal femenino en todas cuantas bellezas y gracias atesora el universo! Al género de la mujer se une involuntariamente lo melodioso en música, en pintura lo suave y delicado, en poesía lo tierno y melancólico. Hasta en los hombres, cuando su alma es dulce, la llamaríamos un alma femenina. Y es porque los ojos amados con sus miradas amorosas serenan las tempestades más bravas y convierten la hiel amarga en dulcísimas mieles. Flor, ave, poesía, música, religión, se nos aparecen como resplandores varios de la frase que Goethe inventó y que ha pasado á la lengua vulgar del ideal femenino. Para ver con mayor claridad cómo una propensión incontrastable del entendimiento nos impele á dividir en sexos hasta las familias de seres que no lo tienen para ir á contemplar vuestros fundamentales conceptos del sol y de la luna, contempladlos unos momentos.

El sol se nos aparece como un hombre. A nadie puede ocurrírsele llamarlo mujer. Hay lenguas que hacen femenino al sol y masculino á la luna. Pero creo evidentemente que tal contradicción, incompatible con el sentido común, jamás ha penetrado hasta los conceptos de las cosas universales á esos pueblos; por lo mismo que tiene la vida fecundante, sin la cual no quedaría fecundada nuestra tierra, por lo mismo que sustenta con su fuerza todos los planetas sometidos á su atracción soberana y suspensos

por él en sus respectivas elipses, por lo mismo se nos aparece como un patriarca celestial, á quien deben su obediencia y respeto la familia entera de mundos y de lunas, ó sea la familia entera de sus hijos y de sus hijas. Acontece con el sol y la luna exactamente lo mismo que acontece con el Océano y el Mediterráneo. Este mar de las ondulaciones ligeras, de las brisas blandas, de las espumas argéneas, del color celestial, de los corales y las perlas, parece como la mujer de los mares, mientras al Océano le atribuiremos siempre la masculina denominación de padre. Así el Océano se personificará en la fuerza de Neptuno y en su luenga barba, mientras el Mediterráneo en la hermosura de Vénus tendida sobre su concha de nácar y rodeada de nereidas. La lengua francesa nos parece más acertada que la nuestra en esto de hacer femenino al Mediterráneo, como la nuestra nos parece más acertada que el alemán en esto de hacer femenino á la luna. De todas suertes, por el ministerio que desempeña en el universo, parécenos el sol á los que, por nuestra religión, jamás le llamaremos Dios, padre, verdadero padre, bendito padre. Los antiguos le llamaron corazón del universo. Más le cuadraría cerebro, porque nada se parece tanto á la creadora idea despedida por nuestro cerebro como la creadora luz despedida por su disco. ¡Con qué amor ha colgado la tierra en el espacio, suspendiéndola de él á tal distancia que no se consume por exceso de calor, ni se hiela y petrifica por exceso de frío! Él nos esclarece con sus rayos, que parecen como las facultades intelectuales de nuestro sistema solar. Él presta

indudablemente á la tierra vida que no podría durar mucho tiempo con su mero calor central, como no podría durar mucho tiempo nuestro cuerpo con su mero calor propio. Así los gérmenes todos de la vida los ha depositado él en las entrañas de nuestra madre la tierra, y después de depositarlo con su pródigo cuidado, los fecunda con exaltadísimo amor, como el macho fecunda la hembra. Cuando sintáis retumbar el trueno y culebrear el relámpago, cuando en serenas noches el rojo color boreal enciende de púrpura vuestros horizontes, cuando efluvios misteriosos agiten vuestros nervios vibrantes, cuando el ámbar atraiga las moléculas ó la pila de Volta nos trasmite un telegrama, cuando veáis á la sensitiva plegar su corola, y á la brújula dirigirse al Norte, y á la serpiente fascinar al pajarillo, saludar con culto cuasi religioso, que bien lo merece, al divino generador de la electricidad y del magnetismo. ¡Cuán bueno es! Hasta las nubes que han de oscurecer su disco las extrae del mar, y después de dilatarlas en vapores por el aire las desprende y envía en lluvia fecundante sobre los campos. La corola de nuestras flores ¡qué materias colorantes no suponen! Los rayos del sol ¡qué matices no tienen, así cuando se descomponen por modo natural en los rocíos, como cuando se descomponen por modo artificial en las facetas de un prisma ó producen lo que han llamado las modernas ciencias el espectro solar! Unid á esto las perladas luces del alba con los rojos arreboles del acaso y veréis ¡qué pintor! Pero no es tan sólo artista; se consagra también á cosas más útiles que adornar con alfombras

de verjeles nuestro suelo y tender solios de sonrosadas gasas por nuestros horizontes. Madura las mieses para que nos den pan, y guisa los mariscos en salsas por ningún cocinero sobrepujadas. Y luego ¡cómo endulza las frutas! Ningún sabor de los artificialmente preparados en las confiterías puede compararse con el dulce de melocotones, acerolas, azofaifas, de todas las frutas. Y no hablemos de la uva y del vino, que unas veces parecen como sangre preciosísima de la tierra, y otras veces parecen como luz líquida, según lo que animan las venas y encienden é inspiran los cerebros; ¡oh, almo sol!

Así comprendemos que la mayor parte de las religiones antiguas hayan sido religiones astronómicas, y puesto al sol como á la cabeza de todos los dioses. La doctrina de Zoroastro ha quedado hasta en el fondo de nuestras creencias contemporáneas tan sólo por su adoración á esa eternal incommunicable alma del universo que se llama sol. De los templos levantados en los desiertos al astro del día dedujeron los dos fundadores del monoteísmo en la historia, Moisés y Mahoma, los fundamentos de sus respectivas creencias. Todas las religiones paganas tienen un sabeismo esencial; todos los sabeismos significan el culto á la luz en más ó menos grado, y toda luz proviene del sol. Cuando el mago de Asiria se había noches y noches atormentado para leer en las estrellas los secretos del universo desde las altas torres astronómicas, cuál no sería su regocijo al despuntar el sol por los cielos de Asia, constriñendo con su lumbre y su calor los seres dormidos á consagrarle una sinfonía

sin fin. Por eso le proclama padre de los dioses. Y la religión solar pasó toda entera en transformaciones sucesivas á la religión helena. Los más antiguos himnos órficos dirigen sus estrofas al dogma y al culto de la luz. Apolo, no solamente preside el día desde su áurea carroza, tirada por las horas; preside también al coro de las musas y lleva en sus manos divinas la cítara del arte. Pero ¿qué hablamos de los antiguos tiempos? En los nuestros, en las religiones tan espirituales, engendradas por los dogmas semíticos y los dogmas helenos, la luz ocupa un lugar tal como en el mismo universo. El Evangelio de San Juan denomina en su inicio al Verbo luz de la luz, por no encontrar cosa etérea como este divino flúido para encarecer el resplandor vivificante que se halla contenido en la divina y creadora palabra. Nuestro calendario pone dos fiestas mayores en los dos días del año llamados solsticios por estar en uno el sol menos y el otro más tiempo sobre nuestros horizontes. En el solsticio de verano cae la natividad santa del Bautista, y en el solsticio de invierno cae la natividad, más santa todavía, del Salvador. El Viernes Santo serán profundas las tinieblas. Para mostrar su dolor en la muerte de Cristo, la Iglesia no encuentra medio alguno más que vestirse de negro como la noche y extinguir luces y lámparas ante los altares desnudos. Y el Sábado Santo, si algo ha de mostrar la gloria de una resurrección, es el cirio pascual bendecido con sacramentales palabras é incensado como una divinidad. Por eso, en el instante de cantar á gloria, el templo toma, al rasgarse los negros

velos y aparecer la creadora luz, el aspecto de las risueñas alboradas. El órgano canta como el coro de las aves; los incensarios fríos se animan y encienden como los nidos acallados por la noche sienten al amanecer aletear y piar; el retablo mayor copia los espléndidos colores de un cielo inundado de increíbles resplandores; dejan los celebrantes sus vestiduras negras para vestirse las capas pluviales que parecen bordadas de gayos ramilletes; el himno inconsciente de todas las cosas creadas al Creador por haberlas devuelto la vida, el movimiento, suspensos en la inercia mortal del sueño, llega, por fin, á salmo consciente y expresivo de la gratitud universal. Pues bien; el sol representa el ideal masculino, como padre del sistema planetario. Pues, en verdad, si digo que representa la luna el ideal femenino, y con carecer de la fuerza, de la soberanía, de la majestad reconocidas en el sol, es mucho más bella, y debéis declararlo así, paladinamente, si es que no habéis perdido toda idea de verdadera hermosura.

### III

Mentiría como un bellaco el mortal capaz de aseverar que jamás fijó atención ó vista en el astro de los pálidos resplandores y de las perdurables tristezas. Cuando su argénteo disco nada en el sereno azul de la noche sin estrellas ni nubes, hasta los niños le buscan y le tienden sus anhelosas mane-

chas, abriéndolas y cerrándolas al instinto de adquirir y lograr, ya rudimentario en la niñez, cáscara ó película donde se contienen y encierran todas las simientes productoras de ideas y acciones para los estados sucesivos de nuestra existencia. En tal inclinación de los niños originase la frase vulgar, que los cree, por pedigüenos é interrogantes en la inquietud propia de su desarrollo intelectual, ó por juguetones y movedizos en la inquietud propia de su desarrollo material, tentados á demandar, si los consienten, miman y mal crían, hasta la luna en peso y en persona. Con frecuencia se me presentan á la memoria los vespertinos crepúsculos del valle meridional donde corrieron mis primeros años y despertaron mis primeras emociones. ¡Cuántas veces, al anochecer, en el regreso de las huertas á los hogares, cuando acababan de tocar las campanas á oración y de rezar nosotros el *Ave María*, descubriéndonos y parándonos, acompañados del jornalero que llevaba su azadón reluciente al hombro, y del leñador que llevaba sus tomillos olorosos á la espalda, surgía el astro de la noche por el Oriente, plateado á su luz, en contraposición al ocaso enrojado por las reverberaciones últimas del sol, y al verla suspensa con tanta hermosura sobre la meseta de alta montaña, cual una hostia sobre las aras del sacro altar, nos arrobábamos como embobados sintiendo afanes incontrastables por subir hasta las cumbres y acariciarla con nuestras manos! Ignoro qué misteriosísima superstición inspiraba los frecuentes avisos dados por las niñeras de no mirar á la luna mucho, pues recordábanse casos de haber

bajado á comerse y tragarse los niños mirones. Podría repetir hoy graciosa disputa de hace cuarenta y más años sobre tal tesis entre una vieja del lugar y un astrónomo del campo, industriados los dos por decires antiguos en las cosas lunares. Juraba ella en Dios y en conciencia saber de cierto que descendía la luna en persecuimiento de los niños malos, y achacaba él á embusterías de brujas tales consejas, provenientes de una cosa, de que la luna ofrece sobre su redonda superficie la imagen de un triste pastorcillo cargado con haces y circuído de ovejas en los días de su luz más viva y de su plenitud más completa. Y, en efecto, yo sé decir de mí que, mirando y remirando el disco, en los plenilunios, encontraba por su esfera de transparente alabastro reproducido el tal dibujo, como reproduce la plancha fotográfica los objetos sobre ella impresos por los correspondientes cristales. Y luégo, allá, en el examen de la ciencia instintivamente aprendida por la niñez, y análoga de suyo á la nutrición tomada por los poros en absorciones continuas, ya extraídas del suelo, ya del aire, preguntábame yo á mí mismo por qué veíamos un pastor, y no otro sér ú objeto, en la luna llena. Y me fué imposible de comprender y explicar tal misterio, hasta que vinieron á mis manos en la cátedra del latín las metamorfosis de Ovidio, las cuales muestran cómo las ninfas se convertían en las rocas de las marinas riberas ó en las adelfas de los secos torrentes. Y allí encontré la imagen del pastor, visto por nuestros ojos, conteniendo vagos recuerdos de la fábula del mísero Endymión, dormido al susurro de los arroyos, al borde

de la fuente, á la sombra de los árboles, y besado por su casta luna, en la voluptuosidad que presta de suyo, aun á los más castos, una tranquila noche de primavera ó estío, aromada por tantas esencias y henchida de tantas melodías. ¡Cómo se conservan las tradiciones universales en medio de su continua transformación! Los festejos con que celebramos los dos solsticios de invierno y estío, en las noches de Navidad y San Juan, provienen de las liturgias helénicas; al comienzo de Febrero, por la Candelaria, encendemos luces, como en sus lupercales antiguas las encendían los romanos por el mismo mes; ponemos, como los asiáticos, nuestros sepulcros á la sombra de los cipreses y de los sauces; coronamos nuestros poetas de laureles en el Parnaso moderno como en el antiguo, mientras á nuestros héroes los coronamos de roble bajo los arcos de triunfo; preferimos orientar la mayor parte de los templos, como los persas, hacia la salida del sol, y como los indios encendemos en Sábado Santo la lumbre divina y renovamos el agua lustral entre himnos y estremecimientos de natural alegría. Pues los dos aspectos de la historia de Endymión, las castas inclinaciones de Diana hacia él, correspondidas con amor audaz por el joven cazador, despedazado en castigo de tal audacia, se desparraman por las consejas de un pueblo, por los cuentos de sus ancianos, por los terrores de sus veladas. El culto y devoción á la luna existía en los apriscos y en las majadas mucho antes de que allá, en el templo de la misteriosa Éfeso, coronasen los sacerdotes orientales con una cabeza de ternera un tronco de encina y trasmis-